

LA IMPRENTA,

PERIÓDICO TIPOGRÁFICO-LITERARIO

Y DE LAS ARTES É INDUSTRIAS AUXILIARES.



PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid, 5 rs. al mes y 12 rs. trimestre.
 Provincias..... 14 —
 Extranjero..... 20 —
 Cada número suelto cuesta dos reales.

ADMINISTRACION ,
Limon, 1.

Sale todos los Domingos.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS.

Por una página entera..... 300 rs.
 Por media página..... 160
 Por cuarto de página..... 90
 Los demas anuncios convencionalmente.

REVISTA DE PRIMAVERA.

LA REINA DE LAS FLORES.

Érase en otro tiempo
 La primitiva rosa,
 La reina de las flores,
 Mas de las flores todas.
 Su color de alegría,
 Su delicado aroma,
 La daban preeminencia,
 La daban la corona.
 Y en verdad, á su lado
 ¿Qué son las *amapolas*,
 Los *lirios*, los *jazmines*,
 Si bien se reflexiona?
 Pero ¿ya? ¿qué! ¿hoy día?
 Hoy día es otra cosa;
 El tiempo cambia, y vamos
 Caminando á la moda.
 Pues ¡vah! ¡fuera ocurrencia
 Preferir la *coscoja*
 Al *castaño de Indias*,
 El *tilo* á la *magnolia*!
 Nuestros padres entónces
 Se pasaban las horas
 Al pié de un buen *quejigo*
 Tocando la *zampoña*:
 Hoy pulsamos la lira
 De fibras más sonoras,
 Del *plátano* ó del *yuka*
 Á la apacible sombra.
 Y en los jardines mismos
 ¿Qué flores hoy se notan?
 ¡Abajo las plebeyas!
 ¡No faltaba otra cosa!
 ¡Querer introducirse
 Donde por nobles moran
Crisántemos de India,
Fragantes tuberosas,
Lirios de regio porte...
 ¡No se llena la boca!
Junquillos, *rodhadéndros*,
Camelias, *pacolonias*,

Gloxinias, *fuksias*, *ginkgos*...!
 ¡Qué tal la gerigonza!
 ¡Y venga usted á decirme
 No son flores preciosas!
 Pues ¡y *dalias de Méjico*,
Jacintos de Golconda,
Y cedros de Himalaya,
Y acebos de Menorca,
Y del Japon y Creta
 Los *aylanthos* y *sóphoras*?
 Hasta en los nombres mismos
 Encuentra el que inspecciona
 Cierta olor á elegancia
 Que hechiza, que enamora.
 No se dirá tampoco
 Que no es muy provechosa
 La ciencia de jardines,
 Pues vuelo tal hoy toma,
 Que es cualquier jardinera,
 La más ruda y más tosca,
 Más que Linneo botánica,
 Más que Humboldt filóloga,
 Sabiendo *geografía*
 Con ribetes de *historia*,
 Que son ciencias *anexas*
 Al cultivo de *Flora*.
 Y en esta baraunda,
 Y en esta batahola
 De *ingertos* y de *acodos*
 Que el gusto ha puesto en boga,
 Se observa una *oligarquia*
 (Frase también de moda)
 En todos los jardines,
 Que están vueltas las tornas.
 Y ya no son las flores
 Las que ántes eran: roban
 Por medio de estas artes
 Las unas de las otras;
 Y como mutuamente
 Se quitan y se apropian,
 Ya nadie las conoce,
 Y en eso está la gloria.
 La rosa antiguamente,
 Con decir *blanca* ó *roja*
 Estaba conocida.

Abril 15.

¡Conózcala usted ahora,
 Si Alfonso Karr le ofrece,
 Por gusto ó por lisonja,
 Á puras variedades
 Dos mil y tantas formas!
 Porque era necesario,
 Y el gusto así lo encomia,
 Para alternar hoy día
 Entre la rara copia
 De extrañas hermosuras
 Con que el jardín se agobia,
 Vestir modernas galas
 Que afecten régia pompa.
 Quizá en perfumes pierdan;
 Y pierden..... mas ¡qué importa!
 Deslumbren á la vista,
 Parezcan más hermosas
 Y ricas, aunque tengan
 Despues vacía *la chola*,
 Y á fe que en parte alguna
 Jamas estén de sobra.
 Y como el gusto es siempre
 Más voluble que la ola
 Que el aura más tranquila
 Con su soplo trastorna;
 Y como los jardines,
 Por seguir la derrota
 Que el tiempo traza, han hecho
 Alzar su banderola,
 Y esculpen *Democracia*
 Hasta en las verdes hojas,
 Sin Rey ni Roque viven
 Gobernándose solas.
 La rosa ya no es reina;
 Ni hay cetro ni corona;
 Quien más grita, ésa manda;
 Quien más calla, se ahoga.
 De este modo cada año
 Navega viento en popa
 Una flor que al siguiente
 Apenas ya se nota.
 Mas ¡qué sucede siempre?
 La moda pasa pronta,
 Y al cabo de las flores
 La rosa es reina sola.
 ¡Lo ha sido tantos siglos!
 ¡Ha visto pasar sorda
 Tantas revoluciones
 Triunfando siempre hermosa!
 Cuando el buen Carlomagno
 En su jardín acopia,
 Cual un raro portento
 Que á todo el mundo asombra,
Ranúnculos de Siria
 De brillante corola,
 Y el *castaño de Indias*
 Pasa á Constantinopla,
 Y la China y Tartaria,
 Y Siberia y Laponia
 Nos dan número inmenso
 De plantas prodigiosas;
 Su *tulipán* Turquía,
 Sus *sáuces* Babilonia,
 Se admiran, se levantan
 Un año, un mes, un hora,
 Mas pasan, y su trono
 Vuelve á ocupar la rosa.
 Colon concibe un mundo,

Le arranca de las olas,
 Y abierto ya el camino
 Le siguen luengas flotas.
 Allí, do todo es nuevo,
 Los ojos enamoran
 Con nuevas maravillas
 Su Flora y su Pomona.
 ¡Qué *hortensias* y qué *helechos*,
 Qué *primulas*, qué *escorzas*!
 Y las raras *orchídeas*,
 Que no es familia corta,
 Por sí solas el mundo
 Botánico trastornan.
Acacias da Virginia,
 Ceilán sus *tuberosas*,
 El Canadá su *fresno*,
 Y Méjico trasborda
 Su *jazmin*, su *manzella*,
 Su *dália* y muchas otras.
 Se lanzan mil viajeros
 Á riberas ignotas;
 Trae Cook, que, atrevido
 Nueva Zelanda explora,
 De selvas primitivas
 Noticias portentosas;
 Y de Sandwich á Spitzberg
 Estudiada la Flora,
 Desde Jussieu á Lagasca,
 Hay mil que coleccionan
 Magníficos *herbarios*;
 Jardines desarrollan
 Donde florecen plantas
 De muy distintas zonas.
 Quién á Linneo imita,
 Ó á De-Candolle parodia;
 Quién sigue su capricho
 Y á nadie en nada copia;
 Y al fin de mezcolanza
 Tan singular, tan tosca,
 La *ciencia*, como el gusto
Estético, pregonan
 Por *reina de las flores*
 La *primitiva* rosa.
 Tal yo, luciendo un día
 Jardinesca oratoria
 En su jardín sentado,
 Decía á Blanca hermosa,
 Blanca, la que mi pecho
 Ebrio de amor adora,
 La de los lindos ojos,
 La de la linda boca,
 Al ver que la inocente
 Mostrábame orgullosa
 Por plantas favoritas
 Las plantas más exóticas,
 Las más hijas del arte
 Que todo lo inficiona
 Con galas tan ficticias
 Que ¡francamente! chocan.
 Un trovador, Tebaldo,
 Dominando las olas,
 El rosal de Damasco
 Feliz trasplanta á Europa;
 Se cultivan en nuestros
 Jardines, y les honran
 Del alta Alejandría,
 De Jericó *las rosas*.
 Por cima sus colores,

Su majestad y pompa,
 ¿Cuál es su mejor gala?
 ¿Cuál es su gala propia?
 Su aroma que deleita,
 Su celestial aroma.
 Así cuando á mi bella
 Mi plática la enoja,
 Y argúyeme ofendida
 Y su pesar denota,
 Por complacerla sólo
 La añadí en frase corta:
 —¿Por qué, me dices, tanto
 Encúmbrese la ROSA?
 Pregúntalo á las brisas,
 Pregúntalo á tu alondra.
 La rosa, hija bendita
 De la bendita aurora,
 Los dónes todos tiene
 En su feliz corola.
 Su tallo es bien garrido,
 Gallarda su persona,
 Con oro sus anteras
 Sobre el estambre adorna,
 Sus pétalos con chispas
 Del sol que los colora;
 Por entre cuyas partes,
 Que más su valor doblan,
 Desprenden sus perfumes
 Aliento que las brota
 Del fondo de sus almas,
 Del alma que las sobra.
 Y al Cielo suben, vuelan
 Donde las almas moran.
 Robarlas su ambrosía
 Es robarlas su gloria;
 Por eso es en el campo,
 Á pesar de la moda,
 La reina de las flores
 La primitiva ROSA.

JUAN P. DE GUZMAN.

VARIEDADES.

Entre los claros ingenios con cuya colaboracion se favorece LA IMPRENTA, ocupa un puesto muy digno nuestro querido amigo Don Julian Alfredo Príncipe; mas este modesto é ilustrado jóven, ántes de honrar nuestras columnas con sus escritos, ha querido darnos una prueba de su mayor distincion facilitándonos algunas obritas inéditas de su Sr. Padre, el festivo escritor y crítico Don Miguel Agustin Príncipe; obras que, como todas las producciones del verdadero talento, ademas de monumentos literarios, son siempre de palpitante actualidad. Á continuacion insertamos una de ellas, en la cual no poco tienen que aprender los infinitos adocenados mamarrachistas que hoy lo tienen invadido todo con extravagancias, insulseces y superficialidades que sólo sirven para desautorizar las letras, amén de esos fabricantes de periódicos sin instruccion, sin principios literarios, sin más caudal de conocimientos humanos ni más dotes naturales que una osadía á toda prueba, una ambicion desmedida, un aprecio de sí mismos que espanta, un desprecio de los demas que abochorna, una falta de respetos y consideraciones políticas, sociales y

personales que pone miedo, y una propension por nada contenida á maldecir y renegar de todo, bueno ó malo, segun las exigencias de sus pasiones.

Al anunciar á nuestros lectores distincion y aprecio tan decidido de parte del Sr. Príncipe, hijo, tenemos un placer en consignarle aquí nuestra gratitud y reconocimiento.

MI CRIADO Y HERMOSILLA.

Pues la época es de extravagancias, ahí va una de gran calibre, señores lectores; pero tengan ustedes entendido, en primer lugar, que yo no respondo de que les guste; y en segundo, que ora les parezca bien, ora mal, la extravagancia no es mía, sino de un doméstico que Dios me dió, hombre por cierto de los más estrambóticos y estafalarios del mundo.

Es el caso, señores leyentes, que entre la numerosa y dilatada familia que hace años se me come por los piés, tengo un individuo que no pertenece á ella sino por la tangente, es decir, en clase de criado; cualidad que no quita que yo le quiera como se merece, por lo bien que me sirve; lo que no se opone tampoco á que sea un bárbaro de piés á cabeza, como ustedes verán bien pronto.

Cuando yo no era autor, ni me habia pasado por las miéntes ponerme á escribir, tenía en casa para que me limpiase las botas, y para otros usos igualmente humildes; pero desde que me dió por hacer versos y por explicarme en prosa, y por otras cosas que, con licencia del gran Molière, no son prosa ni verso, hubo una variacion total en mi casa. Mi mujer se echó á literata; mi suegra se hizo marisabidilla; el abuelo de mi suegro, que aún vive, comenzó á aprender el frances; el marido de la madre de mi esposa se dedicó á representar comedias; mis cinco hermanas pusieron sus veinticinco sentidos en leer folletines de periódicos; mi sexto sobrino se metió á corrector de pruebas; y de los nueve hijos que tengo, cuatro se hicieron editores responsables de otras cuatro publicaciones periodísticas, y los cinco restantes, con los otros cinco sobrinos que se me quedaban en el tintero, resolvieron tomar la única y exclusiva ocupacion de leerme á mí, proporcionándome de ese modo un pequeño público compuesto de diez individuos, fortuna que no tienen acaso todos los autores de la época. Mi padre y mi madre habian muerto ya por aquel entónces; pérdida irreparable para mí, y sobre todo para la literatura contemporánea, la cual, á haber ellos vivido, hubiera contado con dos notabilidades, ó por lo ménos con dos apasionados más, segun la comezon literaria que se apoderó de mi familia desde el momento en que, como digo arriba, me dió la humorada de echarme á escritor.

Natural era, señores lectores, que en semejante metamorfosis doméstica le cupiese tambien su correspondiente mutacion de vida á mi criado Juan; y así fué en efecto, perteneciendo como perteneció desde aquel día al círculo literario, si bien siempre en sentido humilde, dado que su ocupacion única y exclusiva fué ir y venir á la imprenta diariamente llevando original y trayendo pruebas; tarea que en sus dolencias ha compartido más de una vez con la criada, permitiéndolo así el Cielo sin duda para que no quedase ningun sér racional, entre todos los que me rodean, que dejase de pertenecer á la noble aristocracia del talento. Mi criado se mostró altamente satisfecho con su nuevo oficio, y comenzó á armar tan terribles peloterías con los cajistas, que me río de las discusiones de tantos literatos de café como brillan en todas partes. La fortuna fué que por aquellos días

no sabía el buen Juan ni leer ni escribir; que, á no ser eso, se echa desde luego á literato lo mismo que yo, y no me deja tiempo para lucirme solo. Pero el diablo, que todo lo enreda, quiso más adelante crearme un rival, y el bribon de mi criado comenzó poco á poco á hacerse hombre de provecho, acabando por saber escribir una carta en ménos de seis años. Yo nó habia notado su afición á las letras, ni podia pasarme por la imaginación que pudiera remontarse tan alto. ¿Cuál no sería mi sorpresa por lo mismo cuando le vi en estado de corregirme las pruebas, y de corregírmelas bien? Yo debia alegrarme de sus adelantos; pero la ruin envidilla y un vago temor de que con el tiempo pudiera subírseme á las barbas, pudieron más en mi corazón que el deseo de fomentar sus progresos, y le dejé abandonado á sí mismo. Con esto y con llamarle zopenco con más frecuencia que ántes, creí evitado el peligro, y mi susto se calmó poco á poco.—Él ha aprendido á leer y á escribir, me decia yo en mis adentros; pero de eso á bambolearse como hombre de letras, va un paso de gigante. Y cuando quisiera echarla de escritor, qué daño podrá hacerme á mí? Él no me ha de lanzar de la altura en que me veo, ni ha de ser un genio como yo. Todo lo más que el pobrecillo podrá hacer, será escribir una mala carta á su muchacha; ó, suponiendo cuanto hay que suponer, desempeñar alguna que otra chispilla en este ó en el otro periódico, para tener la satisfaccion de decir una desvergüenza á todos los que valgan más que él.

Así decia yo para mi capote; pero mi criado pensaba de un modo más avanzado que yo, y todos mis cálculos vinieron á tierra. Ojeando periódicos por aquí, leyendo poesías por allá, y llevando y trayendo pruebas por acullá, ha ido poco á poco adquiriendo tan notable desarrollo en su genio, que aún cuando es un bárbaro, como tengo dicho, me da ya quince y falta en materia de literatura. Para que ustedes se convenzan de esta verdad, oigan ustedes la conversacion que traíamos anoche, y vean ustedes si el ex-zopenco de mi criado lo entiende:

—Amo mio, me dijo entrando con unos papeles: ahí tiene usted esas segundas pruebas que acabo de traer de la imprenta.

—Malditas pruebas! contesté amostazado. ¿Es posible que han de venir siempre cuando uno tiene otra ocupación? ¡Bueno saldrá el artículo que estoy escribiendo, teniendo que interrumpirlo á lo mejor del cuento!

—Oh, señorito! Con que ¿está usted escribiendo un artículo para algun periódico? Pues lo que es por interrumpir la tarea no debe darle á usted cuidado, porque.... aquí para los dos, señorito.... ¿sabe usted que me ha ocurrido á mí escribir unos versos, que mejorando lo presente....

—Cómo! Qué es lo que dices de versos?

—Nada, señor.... sino que, como he oído que sentia usted dejar interrumpido su artículo, me ha ocurrido ofrecerle una epístola poética que acabo de escribir, con la cual podría usted salir de su compromiso enviándola al director de su periódico.

Oír la propuesta y echarme á reír como un bárbaro, vino á ser todo uno.

—No hay que burlarse, señorito, me dijo él con cierto gesto un si es no es avinagrado. Cada cual tiene su alma en su almario; y cuando otros hacen versos, no sé por qué no los he de hacer yo.

—Convengo en ello, le contesté; pero ¿sabes que me has dejado patitieso? ¿De dónde sacas ahora esa habilidad, tú, tan majadero y tan....

—Pues! ¡Siempre con que soy un zopenco, y siempre con la misma canción! ¿Sabe usted, señorito, que eso es

una horrible injusticia? ¿Sabe usted que si le presento las composiciones que tengo hechas, se muere usted ahí de repente? ¿Sabe usted que si le leo mi primera imitación de Zorrilla.....

—De Zorrilla? ¡Ay, Dios mio, y qué bien parado habrá quedado el modelo!

—Poco á poco, señor.... que se me acaba ya la paciencia; y si no quiere usted dispensarme el favor que le pido, voy yo solo al director de cualquier periódico, y estoy seguro que al ver una composición tan original.....

—Oh! lo que es original, ya me figuro que no podrá ménos de ser. Pero, en resumidas cuentas, qué es ello?

—Eso es ya otra cosa, señorito; y puesto que se aviene usted á la razón, iremos por partes. En primer lugar ya sabe usted que estoy perdido por mi antigua compañera de profesion.

—Y qué compañera es ésa?

—Toma! Quién ha de ser? La criada.

—Cómo, bribon! ¿tú tienes trapicheos con....

—Eh! que yo no digo más sino que la quiero; pero como ella no me quiere á mí.....

—Es decir, que no hay peligro de....

—Sí, buen peligro! y es más áspera que una zarza, y por eso cabalmente he ideado el medio de ver si la puedo hacer más accesible, escribiendo la poesía en cuestion.

—Jesucristo! ¿Y me buscas á mí para....

—Dale! Si yo quiero casarme con ella, y ella no quiere casarse conmigo, ¿es pecado acaso que trate de....

—Con que tu fin es honesto?

—Pues ya se ve que lo es; pero es el caso que ella no me puede tragar, como digo á usted; y como tengo otra muchacha que me quiere, y como no es mi vocación estar soltero toda la vida, he determinado decirle que si persiste en sus trece me caso con la otra, y se acabó.

—¿Con que ése es el asunto de tu composición? Pues lo que es hasta ahora no veo en las ideas maldita la originalidad.

—Es que lo original no está en la idea, señorito, sino en la ejecución. Oiga usted.

Y diciendo y haciendo me leyó la carta siguiente, no sin mirarme en cada uno de sus apartes, como para observar en mi rostro el efecto que su lectura me hacía:

Querida Melchora: me alegraré mucho que al recibir la carta que estoy escribiendo, te encuentres libre de mal.

Yo estoy bueno, gracias á Dios primero, y luego á Don Roque el médico, que me ha sacado libre de la última sofocación.

Sofocación que, si bien se mira, se debe á tu terquedad maldita en mostrarte ingrata con quien te quiere más que al Perú.

¿Será posible que los ojos tuyos nunca se han de volver á estos dos ojos míos? ¿Nunca nos hemos de unir? Y ¿por qué?

Tú sabes que tengo un corazón tan muerto por tus gracias, que no hay ningún hombre, hablando así comunmente, que tenga mi amor.

Tú en tanto te burlas de mi paciencia, y juro á San Antonio que, si ahora te burlas también, ya no he de escribirte, á fe de Juan.

Casémonos luego, ó por Jesucristo y por su Madre te digo que no espero más, pues van ocho años que me haces el bú.

Leonarda me quiere, y todos los días está diciendo á todos que si me caso con ella, mi dicha está resuelta ya.

Piénsalo, pues, porque te digo otra vez (y va con la formalidad que me caracteriza) que te dejo si haces el huron.

Espero respuesta sin tardanza, porque es ya tan dura mi suerte, que, á fin de acabar el retintín, concluyo diciendo: JUAN.

—Qué tal, señorito? preguntóme mi criado lleno de satisfaccion, apenas acabó de leer su misiva. ¿Qué le ha parecido á usted mi composicion?

—Me ha parecido, le contesté, que ó careces de sentido comun, ó has debido traguear hasta dejártelo de sobra. ¿No me has dicho que ibas á leer una composicion poética?

—Sí señor.

—Pues ¿á qué viene leerme esa extravagante epístola en prosa?

—En prosa dice usted! Ya veo que tiene usted orejas de ganso, y que el que carece de sentido comun es usted.

—Cómo es eso, insolente?

—Como que veo que habré de tomarme el trabajo de darle á usted una leccioncilla de poética, puesto que desconoce la clase de metro en que se halla escrita esa carta.

Yo estaba como quien ve visiones, y hasta llegué á dudar si el que habia empinado el codo era yo.

—Dígame usted, prosiguió mi criado, ¿ha leído usted á *Hermosilla*?

—Este animalote se ha empeñado en examinarme de bellas letras, dije yo para mí; pero, deseoso de ver en qué venia á parar la interpelacion, —¿á qué viene esa pregunta? le contesté.

—Repito que me responda usted categóricamente.

—Y bien, le he leído: qué tenemos con eso?

—Que si lo ha hecho usted con la debida detencion, no podrá usted negarme que en la obra titulada *Arte de hablar en prosa y verso* ha compendiado su autor todo lo mejor que en materia de preceptos se ha escrito; y que esto supuesto, la autoridad de esa obra es sin disputa de lo más irrecusable que puede darse desde Aristóteles á Horacio, desde Horacio á Boileau, y desde Boileau hasta nuestros dias.

—¿Sabes, Juan, que estoy aturdido con las citas que acabas de hacerme? ¡Cuerpo de Dios con el nuevo literatillo! Pero dejando chanzonetas á un lado, digo, querido Juan, que cuando *Hermosilla* se limita á exponer pensamientos ajenos no hay duda que lo hace muy regularmente; pero cuando se empeña en discurrir por sí, casi siempre lo echa á perder. ¿Qué apostamos á que vas á citarme ahora alguna majadería *Hermosillesca*? Porque yo te veo venir; y eso de invocar la autoridad de ese preceptista en apoyo de tu epístola....

—Pues ya se ve que la invoco, y usted me dará la razon. Y si no, dígame usted: la primera cláusula del *Quijote* ¿está escrita en prosa ó en verso?

—¡Mira si decia yo que ibas á citarme alguna majadería!

—Poco á poco con eso, señorito, que la cláusula en cuestion tiene tantos versos cuantos son los renglones en que *Hermosilla* la distribuye. Y si no, mire usted:

En un lugar de la Mancha,
de cuyo nombre no quiero
acordarme, no há mucho tiempo
que vivia
un hidalgo
de los de lanza
en astillero,
adarga antigua, rocin
flaco y galgo corredor.

¿Negará V. que los dos primeros renglones son dos versos octosílabos, el tercero de nueve sílabas, el cuarto y el quinto dos de cuatro, el sexto y el sétimo dos de cinco, y el octavo y noveno dos heptasílabos agudos, que

equivalen por lo mismo á octosílabos? ¿Qué dice usted á esta prueba *sin réplica*? (1)

—Digo que *me he quedado estupefacto*, como dice el autor á que aludes, *al encontrar nada ménos que nueve versos en la primera cláusula del Quijote*. No lo esperaba yo ciertamente.... pero es el mal que, para que resulten los tales versos, es preciso ante todo tener orejas de ganso, como dices tú, para no conocer la violencia que se hace al sentido; lo cual no quita que si yo me pongo á hacer anatomía de esa cláusula de otra manera distinta, resulte otra combinacion de versos distinta tambien; versos, empero, que en el mero hecho de ser de diversas medidas se destruirán, como lo de arriba, los unos á los otros, quedando por consiguiente reducida la cláusula en cuestion á prosa y purísima prosa, pese al magin de *Hermosilla* con toda su erudicion y con todas sus cavilidades. Con que oido qué tenia que contestar á la prueba *sin réplica*, dígame que me dejes en paz, porque no tengo el tiempo para oír disparates; y si todo el mérito de tu composicion consiste en haber hecho una *ensalada* como las de que habla *Rengifo*, ó como la que *Hermosilla* quiso hacer de la primera cláusula del *Quijote*....

—Vitor! exclamó mi criado saltando de gozo. Usted va á caer de su asno, ya no hay remedio! Mi epístola tendrá el honor de figurar en las columnas de los periódicos.

—Y por qué?

—Porque he dado un paso más que *Hermosilla*, y la originalidad de mi composicion consiste cabalmente en constar de versos simétricamente iguales y en rigurosa consonancia á más de eso. Lea usted, lea usted: cada parte de mi carta es una estrofa, y cada estrofa una quintilla.

—Me dejas aturdido con esa relacion. Versos.... estrofa.... consonantes.... quintillas.... ¡Pero será violentando tambien el sentido!

—Pues! como violentaba *Hermosilla* el de la primera cláusula del *Quijote*. Oye usted?

—En efecto.... es verdad.... ¿Habría diablura como ella? ¿Sabes, Juan, que tu ocurrencia es graciosa? Pero ¿sabes tambien que, si la envío á un periódico, no faltará quien crea que has hecho esa composicion por ridiculizar....

—Y ¿qué me importa á mí que crean las gentes lo que quieran? Lo que á mí me interesa es que acceda usted á mis ruegos, á ver si leyendo *Melchora* su nombre en letras de molde....

—Oh! *Melchora* sería de estuco si, viendo la agudeza de tu ingenio y la ternura de tu pasion, dejase de coronar con su cariño las amorosas ansias de quien tan gallardamente se expresa. Tu epístola irá á la imprenta: no tengas cuidado.

Y en efecto, señores lectores, la carta de mi criado está en verso; pero, para evitarles á ustedes la molestia de hacer por sí mismos la consabida operacion anatómico-hermosillesca, procederemos á insertarla otra vez en los términos en que debe leerse. Abren ustedes las orejas y oigan:

Á MELCHORA.

Querida *Melchora*: me
alegraré mucho que al
recibir la carta que
estoy escribiendo, te
encuentres libre de mal.

(1) Así la llama el preceptista citado. Véase el *Arte de hablar en prosa y verso*, tomo 1, pág. 390.

Yo estoy bueno, gracias á Dios primero, y luego á Don Roque el médico, que me ha sacado libre de la última sofocación.

Sofocación que, si bien se mira, se debe á tu terquedad maldita en mostrarte ingrata con quien te quiere más que al Perú.

¿Será posible que los ojos tuyos nunca se han de volver á estos dos ojos míos? ¿Nunca nos hemos de unir? Y ¿por qué?

Tú sabes que tengo un corazón tan muerto por tus gracias, que no hay ningún hombre, hablando así comúnmente, que tenga mi amor.

Tú en tanto te burlas de mi paciencia, y juro á San Antonio que, si ahora te burlas también, ya no he de escribirte, á fe de Juan.

Casémonos luego, ó por Jesucristo y por su Madre, te digo que no espero más, pues van ocho años que me haces el bú.

Leonarda me quiere, y todos los días está diciendo á todos que si me caso con ella, mi dicha está resuelta ya.

Piénsalo, pues, porque te digo otra vez (y va con la formalidad que me caracteriza) que te dejo si haces el huron.

Espero respuesta sin tardanza, porque es ya tan dura mi suerte, que, á fin de acabar el retintín, concluyo diciendo: JUAN.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

SECCION TIPOGRÁFICA.

Un libro de grande importancia artística y literaria ha visto la luz recientemente en la Imprenta Nacional. Titúlase el *Fuero de Avilés*; es debido á la elegante y profundísima pluma del insigne académico de la Real Española Don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, y su exámen literario ha tenido ya cabida en el tercer número de LA IMPRENTA, por nuestro buen amigo y co-fundador de este Semanario el muy joven escritor D. Juan P. de Guzman.

No es por lo tanto el terreno literario el que nosotros estamos llamados á invadir: mucho ménos cuando gigantes como el Sr. Fernandez-Guerra dan á la Imprenta los difícilísimos y laboriosos partos de su extraordinaria inteligencia: es sólo en la parte artística, material, tipográfica, donde nosotros podemos penetrar, y dentro de la cual haremos las observaciones conducentes á nuestro propósito de examinar atentamente los libros más notables que de las prensas españolas broten, para deducir de las formas de su interpretacion si corresponde ó nó el arte al mérito intrínseco de las ideas que le sustentan. Mas ántes séanos permitido lamentarnos de que haya periódicos que tan superficialmente traten los grandes asuntos literarios, los verdaderos acontecimientos históricos, que ni aún se fijen en sus rasgos más culminantes para aplaudir lo que tanto aplauso

merece, y aseveren de plano, apoyados en argumentos contraproducentes, que son erróneos los juicios del autor, pues que piensa de distinto modo que otros escritores de legítima nota que le precedieron; sin considerar que ya el comentador del *Fuero de Avilés*, en la página 11 de su mismo discurso, refuta victoriosamente la opinion de Tiknor, Amador de los Rios y Gonzalez Llanos, apoyados en el testimonio del maestro Risco, Campomanes y Martinez Marina, que han dado por auténtico aquel antiquísimo documento que para el señor Fernandez-Guerra es á todas luces apócrifo, segun con poderosísimas é irrecusables razones lo demuestra suficientemente, prejuzgando ya con toda prevision los argumentos que se opondrían á sus ulteriores é íntimas investigaciones y destruyéndolos por completo: razon por que los hemos calificado de contraproducentes. No se crea por esto que nosotros, tan humildes y tan incompetentes, pretendemos negar autoridad, que la tiene muy legítima para abordar empresas tan importantes, al diario contradictor del Sr. Fernandez-Guerra: sólo queremos hacer constar, y eso con la cortesía debida, que el ilustrado impugnador no vió la página citada en que el autor destruía ya sus juicios previamente: ¡tristes efectos de la política invasora que hoy todo lo domina, todo lo destruye, sin dejar al publicista siquiera tiempo, como ya hemos dicho en otro número, para formar sus juicios con toda madurez y exactitud en cuantos asuntos giran al exterior de ese círculo candente en que se atrofian nuestras artes y nuestra agricultura, industria y comercio, y arrastran lánguida existencia las más bellas manifestaciones del sentimiento y del espíritu! Mas no es esto todo: otro periódico, muy ocupado también en dar y desmentir noticias, nuevo Sísifo de la prensa, nuevo Penélope del periodismo, trabajando continuamente para no edificar nada; ese periódico, del que no es colaborador el que no quiere, hacíase eco de aquella oposicion al Sr. Fernandez-Guerra, sin haber leído ni visto siquiera el libro, segun lo demuestra el hablar por convicción ajena y no por la propia, y todos los días insertaba algun párrafo prometiéndose *útil y fecunda* polémica sobre un asunto en que tomarían parte tantas *dignidades*; pues es sabido que para ese periódico sin hiel todo el mundo es digno: el que provoca, el que se defiende, el que tuerce en la contienda, todos son dignos, todos tienen razon, todos están en su derecho. La pobre lógica es la que nunca tiene ni derecho ni razon. Excusado creemos decir que llegó día en que, con gran contentamiento nuestro que presenciábamos un debate estéril, hubo de manifestarse al tal periódico que perdía lamentablemente el tiempo divagando sobre hechos y cosas ya pasados por el más rigoroso tamiz crítico. Más excusado será aún afirmar que salió saltando de gozo con la noticia, y hasta citando la mencionada página 11 en que se prevenía la controversia; sin considerar que el público comprendería que no hay en esa Redaccion el afán de revisar libros, ni de analizar su contexto, cual lo demanda la misma importancia de tal Empresa periodística, primera de España por sus pingües beneficios, y sin tener presente asimismo que los juicios que expresaba no eran suyos, sino ajenos, como casi siempre suelen serlo, fórmelos quien los forme y vengan de donde vinieren.

Qué sucede con este sistema de publicidad? Que se empieza por negar el mérito de las obras, por llevar la duda á los apáticos y sofocar la pública curiosidad, al punto de que muchos no tengan ya empeño en adquirir un libro que creyeran contendría verdades depuradas, y que, segun esas últimas é intemperantes negativas,

sólo se funda en el error más craso. Con este sistema á la ligera no se favorece la extension de las ediciones; circunscríbeselas á límites muy estrechos, todo con la mejor buena fe, convenido, mas no por eso con ménos eficacia que si en efecto hubiera el premeditado desig-nio de menoscabar su brillante mérito. Y esto dicho pa-ra demostrar nada más que lo sucedido con el *Fuero de Avilés*, que hoy creen algunos apócrifo y otros autén-tico, pasemos á su exámen tipográfico.

Digámoslo pronto, muy pronto, para calmar agita-ciones infundadas y justificar nuestras simpatías por ese Establecimiento al que deseamos ver en la cumbre de la mayor prosperidad, ya que hoy por desgracia no ha pasado de su falda: es una edicion que honra á la Imprenta Nacional. Vese en sus páginas el deseo, fiel-mente interpretado por esta vez en la práctica, de hon-rar tan valioso trabajo literario con las más galanas for-mas tipográficas: deseo que de seguro no sorprenderá á cuantos conozcan y sepan apreciar el celo y diligencia de sus jefes facultativos. Diversas fundiciones, todas nuevas y elegantes, hánse empleado en reproducirlo. Ni escasea el griego, ni el árabe, ni especialísimos sig-nos que acompañan á las letras, y que demuestran el gran cuidado, la paciencia inmensa, el detenimiento incalculable que su composicion ha requerido, y hasta la dificultad de ordenarla con toda exactitud. Trátase de un conjunto tan extraño, tan desusado y de tanta y tan maravillosa complicacion, que ni aun por asomos podrá comprenderse sin tener el libro á la vista, á mé-nos que no nos detengamos, siquiera sea brevemente, en sus más salientes particularidades.

Comienza el libro por un discurso modelo de erudi-cion y de fina crítica, como del autor á que pertenece: síguenle numerosísimas y muy importantes notas acla-ratorias, que acaban de evidenciar en todo su gran va-ler al respetable académico, cuyos fructuosos trabajos son otros tantos timbres que le enaltecen en la repú-blica de las letras. Despues va inserto el texto del céle-bre documento, reproducido otra vez en lámina aparte semejando el autógrafo, y cuya confusa, inextricable perspectiva pondrá seguramente miedo en cuantos no sean, como lo es el Sr. Fernandez-Guerra, apreciadores profundos de tan enigmáticos escritos. Interpretada por la imprenta esta lámina, no hay sino pasear la vista por aquel laberinto de rudas y estridentes dicciones, y por el abundoso salpicado de extraños signos que les acompañan, para penetrarse de lo minucioso del traba-jo, de lo concienzudo de su combinacion. Con raya ho-rizontal encima aparecen multitud de letras, y con esa misma raya, cruzando la extremidad del palo, ven-se casi todas las largas: letras microscópicas, á las veces fundidas, á las veces artificialmente suplidas (y ésta es una fatiga incomparable para el cajista), osténtanse sobre las otras letras á quienes refuerzan; varios otros rarísimos é inexplicables signos, entrelazados con las mismas letras, adicionándolas, digámoslo así, forman el mosaico más abigarrado, el más extraño panorama; viniendo por último coronamiento la pavorosa confusion de todo su contexto, como puede verse por el siguiente renglon del pergamino, el primero para no andar esco-giendo entre los ciento trece que tiene, y que á con-tinuacion insertamos, aunque sin los veintitres signos complementarios de que consta, pues que, habiéndose fundido *ad hoc* para esa edicion, no los poseemos:

Innme patris filij et sps sci. cui regnu et inpiu sine fine pmanet inscla sclor am, Ego adefonsus sub x gra hyspanie impator unacu coiuge ma doma icha. Regina. et filij s. mis. Sancio. Fredenado.

Pero todavía vamos á insertar otro renglon, que es el en que empieza el antiquísimo romance, pues que los tres primeros, más fáciles de comprender, sólo dan idea de la escritura de aquel tiempo, mas no, como éste, del estado de la lengua castellana por entónces:

Estos sut los foros que deu elrei don alfonso ada-bilies qndola poblou. par foro. Sci facudi. et otorgol enperador, Em pmo psolar pnder .I. sol alo reu, et II. d. alo saion. e cada ano .I. sol. encenso. plo solar..

Como se ve, ese texto es un verdadero geroglífico, cuya solucion ha facilitado el Sr. Fernandez-Guerra con la oportunísima adición de un vocabulario, tan penoso de formar como digno de los más altos encomios. Antes aparece descifrado ese geroglífico, el fuero de Avilés, comparándolo su comentador con otros fueros, y en to-das partes se nota la superioridad de su privilegiado ta-lento, sólo comparable con su perseverancia estoica y con el éxito que alcanzan sus empresas literarias. Nos-otros creemos que trabajos de esa índole no se acometen sino una vez en la vida. Y ¡dichoso aquel que puede acometerlos!

Ahora bien: reconocida en todo y por todo la legiti-ma supremacía del trabajo intelectual sobre el material, como que aquél simboliza la idea y éste no hace más que darle forma, permitásenos fijar en la parte tipográ-fica, para tributar á cuantos en ella han intervenido el justo aplauso que merecen. Los amantes de la Tipogra-fia, y los que tengan la paciencia de examinar detalles, comprenderán cuánto tiempo se habrá invertido en la confeccion material del libro, cuántas dificultades ha-brá tenido que vencer el compositor, y cuánta inteli-gencia asimismo ha necesitado para interpretar digna-mente tan extraño, tan complicadísimo asunto, que no vacilamos en aclamar monumento tipográfico levantado por la Imprenta Nacional al talento relevante del señor Fernandez-Guerra. Estos libros son los que deben y pue-den figurar dignamente en las Exposiciones nacionales y extranjerías; esos libros son los que la Imprenta Na-cional, sacudiendo el vergonzoso marasmo en que á los ojos de la Europa está sumida, sin acudir nunca á los públicos certámenes de la civilizacion con el contin-gente de sus artísticos caudales, dando lugar á que im-presores particulares le arrebatan honoríficos premios; esos libros, decimos, que honran á la Imprenta espa-ñola en globo en la misma honra de la Imprenta Nacio-nal, son los que ésta debe estimar y conservar cuidada-sa, como muestra de lo que es capaz de acometer nues-tro primer Establecimiento tipográfico. El que no haya visto el *Fuero de Avilés*; el que lo vea sin comprender el mecanismo de la Tipografía, no puede apreciar el mé-rito que encierran sus bien compuestas páginas, donde abundan caracteres y lenguas extrañas, y sobre todo la auténtica interpretacion del documento trascrito, más difícil que los más difíciles idiomas: tanto es su enredo, su inextricable estilo y su desusada manifestacion: no es esto decir que esa composicion no haya recibido re-petidísimos toques del autor, capaces de acreditar la más probada paciencia: desde luégo; pero rectificar esa clase de errores en molde ya compuesto, es tambien para el cajista una patente plena de superabundante pa-ciencia, sólo comparable con la del mismo autor: pues ambos comprueban, ambos identifican, ambos vuelven á rectificar.

Mas no se crea por esto que olvidamos la fundicion de caracteres en un libro que parece compuesto al pié de los hornillos, ó que éstos se han colocado al pié de las mismas cajas. De la ilustracion, entusiasmo y excelen-

tes deseos del jefe de ese departamento no puede esperarse sino una correspondencia atinadísima de cuanto de él se exija dentro de los límites de su profesion. El prensista tambien ha correspondido dignamente; y así el conjunto resulta tan halagüeño, que hace perdonables los pequeños é inevitables defectos que contiene: puede decirse que es el verjel ameno en que la fatigada vista se dilata despues de penosas excursiones por los selváticos bosques de la mayor parte de nuestras asendereadas obras tipográficas, tan impuramente elaboradas, que más que para propagar los conocimientos humanos y honrar y enaltecer el más grande invento de la Tierra, parecen ser hechas para sofocar el pensamiento y destruir á la Imprenta.

Cruels seríamos si, despues de tan francas y merecidísimas alabanzas, que en nuestros labios adquieren doble importancia (permítasenos la expresion) por lo poco propensos que somos á prodigarlas sin exámen, nos afanásemos en buscar errores en la correccion de ese libro, porque en efecto ésta es su parte más vulnerable. No se crea que hay erratas groseras, de esas que esmaltan otros libros y una gran parte de nuestros periódicos, como las ortigas en florido campo: erratas de esa especie, seamos justos, no pasan en la Imprenta Nacional ni en libros corregidos por el Sr. Fernandez-Guerra. Nos referimos á otra clase de descuidos, imperdonables si se quiere tratándose de esa importantísima Dependencia del Estado, y de un departamento de esa Dependencia ampliamente dotado por el Presupuesto, y en cuyos individuos es de suponer la más clara competencia en el ejercicio de sus funciones. Y para que no se crea que hablamos sin pruebas, sólo citaremos un error, omitiendo otros ménos notables en obsequio al placer que nos causa la obra que analizamos, muy superior al triste de censurar continuamente. Aún vamos á ser más indulgentes: contentámonos con señalar á la Correccion de la Imprenta Nacional el final del décimo renglon y el principio del que le sigue en la página 12, seguros de que ella misma ha de asombrarse de que, lo que no pasa más que en *La Correspondencia*, haya tambien pasado en libro tan selecto y en el primer Establecimiento tipográfico de España.

Otra falta, tambien imperdonable, es el no usarse en la Imprenta Nacional la ortografía de la Real Academia Española, como regla fija é incontrovertible á que deben sujetarse todos los que en ella impriman: de este modo rendirian justo acatamiento á esa Corporacion insigne, compuesta de los ingenios más claros de la patria, y cumplirian las Reales órdenes vigentes que así lo prescriben, en vez de embadurnar los conceptos gramaticales con una ortografía risible y caprichosa; y de este modo la Imprenta Nacional marcara á las imprentas particulares la ruta que seguir deben en esa importante materia, en la ortografía, que no sabemos quién ha calificado, mas con notable acierto, de *música del lenguaje*. Pero de esto, por ser cuestion aparte, trataremos más despacio.

TOMAS REY.

RECTIFICACION.

Por equivocacion del copista, el magnífico soneto del Sr. Campoamor publicado en el anterior número contiene una grave errata en el último verso. Debe decir:

Sólo se mata el vil, el NOBLE muere.

Se ha publicado el primer número de *La Tipografia* correspondiente al mes de Enero. Saludamos al nuevo colega, y le deseamos prosperidad y gloria.

Por falta de espacio no podemos dar hoy *logogrifo* ni la solucion del anterior.

ANUNCIOS.

TINTAS ALEMANAS.

En la Imprenta y Estereotipia de M. RIVADENEYRA, calle del Duque de Osuna, núm. 3, se siguen vendiendo las conocidas tintas alemanas para imprimir, á 6 y 10 reales libra, segun clase.

DON PEDRO APOLINAR MUÑOZ, FABRICANTE DE TINTAS DE IMPRENTA,

ESTABLECIDO

EN LA CALLE DE LA MORERÍA, NÚM. 32.—MADRID.

Este Establecimiento se encuentra surtido de tintas segun las clases y precios siguientes:

CLASES.		REALES.
1. ^a	Precio en libra.	20
2. ^a	Idem.	16
3. ^a	Idem.	12
4. ^a	Idem.	10
5. ^a	Idem.	8
6. ^a	Idem.	7
7. ^a	Idem.	6

Estos precios son libres de gasto para el consumidor, pues el fabricante abona envase y porte. Tambien hay tintas de color á precios arreglados.

FUNDICION TIPOGRÁFICA DE DON JUAN AGUADO.

Calle del Cid, 4 (Recoletos).

DEPÓSITO DE MÁQUINAS, PRENSAS, TINTAS, RODILLOS, BARNICES

Y TODA CLASE DE EFECTOS

PARA IMPRENTA Y ENCUADERNACION.

Este Establecimiento, aumentado con la Fundicion del Sr. D. Carlos Augusto Rosch, que á su fallecimiento compré á su señora viuda, segun escritura de 3 de Febrero de 1864, contiene cuanto pueda necesitarse para establecer una imprenta en el momento.

Hay fundiciones de metal especial, como el que se emplea en los mejores Establecimientos del Extranjero, y su dureza es tal que puede competir con las manufacturas de Suecia y Escocia, reconocidas por las de mayor duracion.

En un prospecto circulado en 6 de Agosto último á todos los señores impresores, doy cuenta detallada del estado de mi casa, organizacion de sus dependencias, y efectos que poseo. Si algun impresor no lo ha recibido, puede pedirlo, y se le remitirá al momento.

Esta casa tambien establece imprentas, á pagar en plazos convencionales.

MADRID 1866.

IMPRESA DE TOMÁS REY, Director-Editor.
Calle del Limon, núm. 1.